

Para clasificar a un idiota basta con dejarle envejecer.

Llegada una cierta edad, hay quien comprueba que sus convicciones más firmes eran dudosas o erróneas, que ha dedicado un montón de tiempo a aprender casi nada y que, aunque la vida en general esté muy bien, funciona bastante mal. A estas alturas, me esfuerzo en ser uno de esos idiotas y en mantenerme alejado de los otros idiotas, los que ya lo saben todo y siempre tienen razón. Prefiero el desengaño al engaño. Prefiero ser inútil que peligroso. Prefiero no hacer el ridículo más de lo estrictamente necesario.

Hace veinte años, cuando llegué a Londres, sentía un poco más de entusiasmo. No mucho, pero más que ahora. Aun así, me extraña haber escrito estas historias. Carezco de vocación literaria, soy inmune a la grafomanía y sigo sospechando, como hace veinte años, que mis aventurillas y opiniones cuentan con un interés discreto. No hay coquetería ni falsa modestia en lo que digo. Si habláramos de otras cosas, como el sentido de la orientación o el talento para congeniar con mamíferos no humanos, podría ponerme petulante. Incluso defendería con cierto ardor unos cuantos de los artículos y crónicas con que he tratado de justificar mi sueldo.

Las tres historias sobre ciudades surgieron por razones distintas y hasta cierto punto ajenas a mi voluntad. El librito de Londres fue la novedad, el meterse en un lío desconocido por no llevar la contraria a una editora rubia y de ojos cla-

ros. Por el librito de Nueva York cobré un anticipo decente que durante años pensé en devolver, porque el manuscrito ni existía ni llevaba camino de existir; entonces murió Ricardo Ortega y quise recordar la ciudad que habíamos conocido juntos, para recordarle a él y para que otros le recordaran. Con el libro de Roma me limité a cumplir un contrato: lo redacté en unos cuantos días, cargado de nicotina y cafeína y en un estado semihipnótico; quizá por eso salió más sincero de lo necesario.

Hablamos de crónicas, demasiado largas para las páginas de un periódico y demasiado cortas (lo sé, me lo han dicho a menudo) para encuadernarlas en forma de libro. Supongo que por eso RBA ha querido recopilarlas: por fabricar de una puñetera vez un tomo de grosor decente con mis batallitas.

Llevo algún tiempo en Jerusalén. El director de mi periódico me propuso volver al trabajo de corresponsal tras una breve temporada como columnista. A veces me han dicho que las treinta y cinco líneas que publicaba de lunes a viernes en la sección de televisión, al fondo a la derecha, propendían a lo incendiario; hay quien me ha preguntado, en serio, si aspiraba al suicidio profesional. Ni lo uno ni lo otro. A mí me parecían, y siguen pareciéndome, columnas normales. Lo anormal, creo, eran otras cosas que se publicaban en páginas más nobles. Tal vez me equivoque.

Pude elegir entre Berlín y Jerusalén. Me quedé con Jerusalén. Por la razón de siempre, por educarme un poco, y por salir del lujoso «circuitito del perfume» que había recorrido hasta entonces: Londres, París, Nueva York, Washington y Roma.

Dicen que las dos grandes ciudades en la historia de la humanidad son Atenas y Jerusalén, una porque nos enseñó a pensar y la otra porque nos enseñó a creer. El caso es que la Atenas de hoy no se parece en nada a la de Sócrates, Pla-

tón y Aristóteles. Jerusalén, en cambio, es la de siempre: un fetiche turbador y disputado. Según el humor y los días puede verse como un villorrio violento, un prodigio de especulación inmobiliaria, un modelo del paraíso o un símbolo de la eternidad. La división en dos comunidades irreconciliables, la opresión israelí sobre una sociedad palestina cada vez más encerrada en su gueto (el sarcasmo de la historia resulta casi grotesco) y el «conflicto», que flota sobre las calles como una nube tóxica, caracterizan la vida cotidiana. Y a la vez, por obvios, esos atributos malignos se olvidan en cuanto uno se descuida, como uno olvida que respira.

Pese a verse tan codiciada y disputada, Jerusalén tiende a suscitar rechazo. En especial entre quienes soportan mal las sobredosis de religión. Arthur Koestler, un gran escritor, periodista y aventurero del siglo xx, fue durante un tiempo sionista radical y secretario personal de Vladimir Jabotinsky, héroe del ultranacionalismo israelí; sin embargo, hizo esta descripción de Jerusalén: «El rostro irritado de Yahvé amenaza sobre las rocas ardientes que han visto más asesinatos santos, violaciones santas y saqueos santos que ningún otro lugar en este planeta». Koestler se mudó a toda prisa a Tel Aviv.

También Theodor Hertzl, padre del sionismo y del Israel contemporáneo, se largó asqueado: «Cuando te acuerde en días venideros, oh Jerusalén, no será con placer. Los mohosos restos de dos mil años de inhumanidad, intolerancia y pestilencia reposan en tus hediondos callejones». Incluso el primer presidente de Israel, Chaim Weizmann, prefirió residir en cualquier parte menos en su residencia oficial de Jerusalén: «Mantengo los prejuicios contra Jerusalén y sigo encontrándome incómodo en ella», se justificó.

A día de hoy, la diezmada izquierda israelí (para entendernos, los que no cree que la Biblia sea un contrato de propiedad y no considera apropiado que Israel se expanda indefinidamente) congenia mal con la ciudad. El otro día

entrevisté a Amos Oz, tótem de la literatura hebrea y partidario de la paz y el reparto del territorio. Mientras preparaba café me preguntó si me dedicaba al periodismo cultural. Evité entrar en debates (creo que el periodismo siempre es cultural, salvo cuando es inculto) y respondí que trabajaba como «corresponsal en Jerusalén». «Ah —exclamó—, ¿y su periódico tiene también corresponsal en Israel?» Eso es recurrente. Mucha gente en Tel Aviv considera que Jerusalén es algo aparte, un problema irresoluble, un error ético o simplemente, en palabras del propio Oz, nacido en Jerusalén, «un pozo de fanáticos».

Cuando el Hapoel de Tel Aviv, que junto al Hapoel de Haifa («hapoel» significa «trabajador» en hebreo y el nombre indica que el club de fútbol fue creado por la confederación de sindicatos, la Histadrut) representa en general a los aficionados más progresistas o vagamente propalestinos, recibe en su estadio al Beitar de Jerusalén, un club con el que suelen identificarse los derechistas y los colonos («Beitar» se llamaban las juventudes uniformadas de Jabotinski), miles de gargantas corean «Jerusalén para Jordania».

El sentimiento es mutuo. No es raro escuchar en Jerusalén que los habitantes de Tel Aviv continúan aún extraviados en la diáspora, el exilio entre los gentiles.

La mirada de los religiosos (judíos, cristianos o musulmanes) es distinta. Ven y sienten otras cosas. El flujo de peregrinos es incesante. La experiencia, sin embargo, tampoco es siempre satisfactoria. En personas especialmente predisuestas el impacto místico puede resultar muy duro y provocar el famoso «síndrome de Jerusalén», una crisis psicótica que induce al visitante a envolverse en una sábana o una toalla del hotel y a profetizar por la calle sobre la redención o el juicio final hasta que alguien le acompaña al sanatorio mental Kfar Shaul. Unas cincuenta personas necesitan cada año hospitalización y tratamiento para volver en sí.